

hizo decapitar, presenciándolo su ejército, á Vellon el de la lengua doble, que fué un traidor, que separó de la corte á los verdaderos defensores del rey y atrajo á los enemigos al campamento para aparentar que él había salvado la vida á Biorde...

Estas tradiciones de la antigua Noruega no debían ser gratas para Musdæmon, porque interrumpió bruscamente al guía, diciéndole:

—Ea, basta de charla y continuemos el camino sin volver la cara atrás. ¿Qué nos importan esas necias tradiciones?... Esos cuentos de viejas molestan á mi noble señor.

XXII.

Esta es la hora de la noche en que, entreabiertas todas las tumbas, dá cada una salida á su espectro, que vá á vagar por las sendas de los cementerios. (SHAKESPEARE.)

Dejamos á Ordener y á Spiagudry, á la luz de la luna, trepando con bastante dificultad por la pendiente peñascosa de Oelme. La llamaban los aldeanos noruegos el Cuello del Buitre, denominación que expresa con bastante exactitud la figura que presenta desde lejos aquella enorme mole de granito.

A medida que ascendían nuestros viajeros á la parte calva de las rocas, los árboles se convertían en matorrales, el musgo en yerba y las encinas y los abedules en agavanzos, retamas y acebos; degradación sucesiva en la vegetación, que, sobre las altas montañas, indica siempre la proximidad á la cumbre, anunciando el adelgazamiento gradual de la capa de la tierra de que está revestida la que pudiéramos llamar amazon del monte.

—Sr. Ordener, decía Spiagudry, cuyo espíritu móvil era arrastrado por un torbellino de ideas diversas; esta cuesta es muy fatigosa, y para seguirla es preciso poseer todo el cariño y el entusiasmo que os profeso. Pero me parece que veo á la derecha un magnífico *convolvulus*, y quisiera examinarle. ¡Ah, si fuese de día!...—¿Sabeis que es medida impertinente é injusta valuar á un sábio como yo en cuatro miserables escudos? Verdaderamente es que el famoso Fedro era esclavo y que Esopo, si hemos de creer al docto Planudio, fué vendido en una feria como un animal cualquiera. ¿Y quién no se enorgullecerá de tener alguna semejanza con el gran Esopo?

—Y con el célebre Han? preguntó Ordener sonriendo.

—Por San Hospicio bendito, replicó el conserje; no compareis. Os juro, señor, que no quiero parecerme en nada á semejante monstruo; aunque no sería cosa extraña que el valor metálico de su cabeza viniese á parar á manos de Benigno Spiagudry, su compañero de infortunio. Vuestra gracia, Sr. Ordener, es más noble que Jasón, que no dió el vellocino de oro al piloto de Argos; y eso que vuestra empresa, cuyo objeto no adivino, no es menos peligrosa que la de Jasón.

—Ya que conocéis á Han de Islandia, dadme algunos detalles acerca de su persona. Ya me dijisteis que no es un gigante, como cree el vulgo.

—Silencio, señor! dijo Spiagudry. ¿No oís ruido de pasos detrás de nosotros?

—Sí, respondió tranquilamente el joven. Pero no os alarmeis; será alguna fiera que se asusta de vernos y que huye por entre los jarales.

—Eso debe ser, porque hace mucho tiempo que estos bosques no han visto seres humanos. Si hemos de juzgar por el rumor de las pisadas, el animal debe ser grande; será un alce ó un renghífero; en esta parte de la Noruega abundan, lo mismo que los gatos monteses. Uno vi, entre otros que llevaron á Copenhague, de un tamaño monstruoso. Voy á describiros ese feroz animal.

—Preferiría, mi querido guía, le dijo Ordener, que me describiérais á otro monstruo no menos feroz, al bandido Han de Islandia.

—Bajad por Dios la voz!... ¡Pronunciad ese nombre en voz baja!... Cielos! Escuchad!

Diciendo esas palabras, Spiagudry acercóse á Ordener, que acababa de oír con claridad un grito semejante á la especie de rugido que debe recordar el lector que aterró al tímido conserje la noche tempestuosa que salieron de Drontheim.

—Habeis oído? murmuró éste respirando apenas.

—Sí; he oído, pero no sé por qué temblais de ese modo. Es, ó el bramido de una fiera, ó el grito de uno de esos gatos monteses de que antes me hablábais. ¿Creíais atravesar á estas horas estos sitios sin que nada nos advirtiera la presencia de los huéspedes á quienes molestamos? Os aseguro, Spiagudry, que tienen ellos más miedo que nosotros.

Viendo el conserje la calma de su compañero, empezó á tranquilizarse.

—Es posible, señor, que tengais razón. Pero ese grito de fiera se parece horri-

blemente á una voz... Ha sido un pensamiento diabólico, permitidme que os lo diga, querer subir al castillo de Veremundo el Proscripto. Temo que nos suceda alguna desgracia en el Cuello del Buitre.

—Nada temais mientras esteis conmigo.

—Vuestra gracia de nada se asusta; pero, señor, solo el bienaventurado San Pablo puede coger las víboras sin herirse. Ni siquiera reparásteis, cuando entramos en este maldito sendero, que parecía hollado poco antes, y que las yerbas aun no habían tenido tiempo para enderezarse desde que pasó alguno sobre ellas.

—Todo eso me es indiferente. Pero ya vamos á salir de los matorrales y no oiremos ya pasos ni gritos de fieras; no os diré que reunais todo vuestro valor, pero sí que concentreis todas vuestras fuerzas, porque la cuesta que vamos á subir, tallada en la roca, será más penosa que ésta.

—No creais, señor, que sea más escarpada; pero el sábio Suckson refiere que en muchas partes está obstruida por pedazos de roca que no se pueden remover ni son fáciles de salvar. Hay, entre otros, un poco más allá de la poterna de Malaer, á la que nos vamos acercando, un enorme bloc triangular de granito que siempre he deseado ver. Schenning afirma haber encontrado en él los tres caracteres rúnicos primitivos.

Hacia ya algun tiempo que nuestros viajeros trepaban por la roca viva, cuando llegaron á una torrecilla derruida, á través de la que era preciso pasar, y que Spiagudry hizo notar á Ordener.

—Esta es la poterna de Malaer, señor. Este camino abierto en las rocas ofrece otras construcciones curiosas que indican cuáles eran las antiguas fortificaciones de nuestras fortalezas noruegas. Esta poterna, que siempre estaba defendida por cuatro hombres de armas, era el primer puesto avanzado del castillo de Veremundo. Y, á propósito de puerta ó poterna: el monje Urensio hace una singular observación; la palabra *janua*, que se deriva de *Janus*, cuyo templo tenía puertas tan célebres, ¿no habrá engendrado la palabra *janissaire*, guardia de la puerta del Sultan? No dejaría de ser chocante que el nombre del príncipe más apacible de la historia hubiera pasado á los soldados más feroces de la tierra.

A través de la científica erudición del conserje subían nuestros viajeros con no

poco trabajo, pasando sobre piedras movilizadas y cortantes guijarros. Ordener no pensaba en lo fatigoso de su ascensión, fijo en la placentera idea de ver desde lejos las torres de Munckholm, cuando Spiagudry exclamó de repente:

—Ah, ya la veo, señor, ya la veo! Ya no me acuerdo del cansancio.

—¿Qué veis? preguntó Ordener, que en este instante pensaba en Ethel.

—La pirámide triangular que menciona Schenning. Despues de él y del obispo Isleiff, será el tercer sábio que ha tenido la dicha de examinarla. ¡Lástima es que solo pueda contemplarla á la luz de la luna!

Al acercarse al famoso bloc, Spiagudry lanzó un grito de dolor y de espanto á la vez. Sorprendido Ordener, quiso enterarse de la causa de su agitación, pero el conserje arqueólogo permaneció largo rato sin poderle responder.

—Creíais, le dijo Ordener, que este bloc obstruiría el camino; pues ved cómo nos lo deja perfectamente expedito.

—Pues eso es lo que me desespera! exclamó Benigno con doliente voz.

—Por qué?

—¿Pues no veis, señor, que esta pirámide ha sido arrancada de su sitio; que la base que gravitaba sobre el sendero está ahora expuesta al aire, y el cuerpo de la columna está apoyado en el suelo, sobre el mismo lado en el que Schenning coloca los tres caracteres rúnicos primordiales? ¿Qué desgraciado soy!

—Efectivamente es una desgracia, contestó Ordener sonriendo.

—Agréguese á esto, añadió azorado Spiagudry, que el trastorno de esta mole prueba la presencia en este sitio de algun sér sobrenatural. Como no la haya echado al suelo el diablo, no hay en la tierra más que un solo hombre que pueda...

—Dejad á un lado, amigo mio, esos terrores pánicos. Quizás esa mole esté así ya más de un siglo.

—Verdaderamente, hace ya ciento cincuenta años que la estudió el último observador, dijo el conserje con voz más tranquila. Pero me parece que la han derribado hace poco; el sitio que ocupaba todavía está húmedo... Ved, señor.

Ordener, impaciente por llegar pronto á las ruinas, arrancó á su guía de la pirámide maravillosa y consiguió con prudentes frases disipar los nuevos temores que había inspirado al sábio.

—Escuchad, anciano: cuando recibais los mil escudos reales que os producirá

la cabeza de Han, podreis estableceros en las orillas de este lago y entregaros cómodamente á vuestros estudios favoritos.

—Razon teneis, noble señor; pero no habéis con tanta facilidad de una victoria que es muy dudosa todavía. Os daré un consejo para que os sea más fácil apoderaros del mónstruo.

—¿Qué consejo?

—El bandido, dijo Spiagudry en voz baja, lleva en el cinto un cráneo, en el que acostumbra á beber. Es el cráneo de su hijo, cuyo cadáver él profanó y por el que soy yo perseguido.

—Levantad la voz y no temais... apenas os oigo...

—Pues bien; debéis procurar apoderaros de ese cráneo. Al mónstruo le inspira no sé qué ideas supersticiosas; de modo que cuando esté en vuestro poder el cráneo de su hijo, hareis todo lo que queráis del bandido.

—¿Más cómo he de apoderarme de ese cráneo?

—Por medio de la astucia; durante el sueño del mónstruo, por ejemplo.

Ordener le interrumpió:

—Basta: vuestro consejo no puede servirme, porque yo no debo saber si un enemigo duerme. Yo solo sé valerme de la espada.

—No está probado todavía, señor, que el arcángel San Miguel no usara de la astucia para derribar á Satán.

Spiagudry se detuvo de repente y extendió las dos manos hácia adelante, exclamando con voz apagada:

—Oh, cielos! ¿qué es lo que veo allá abajo? Mirad, ¿no veis allá un hombrecillo que camina por el mismo sendero que nosotros?

—A fé mia, contestó Ordener, que nada veo.

—Nada, señor?... El sendero dá la vuelta, y el hombrecillo ha desaparecido detrás de las rocas... pero no pasemos adelante, señor.

—Pues si ese personaje, que soñais haber visto, desapareció en seguida, no intenta esperarnos, y si huye, no es eso una razon para que huyamos nosotros.

—¡Protéjanos el bienaventurado San Hospicio! dijo Spiagudry, que en todo trance peligroso se acordaba de su patrono.

—Habreis tomado la sombra movible de algun mochuelo espantado por un hombre.

—No me cabe duda que he visto un hombrecillo... aunque tambien es ver-

dad que la luz de la luna produce con frecuencia ilusiones singulares.

Iban ya á alcanzar la cumbre del Cuello de Buitre nuestros dos viajeros, y ya distinguían las ruinas que mientras subían les habia ocultado la curvatura de las rocas.

Cualquiera que haya recorrido muchas montañas en Europa habrá encontrado con frecuencia restos de castillos y de fortalezas suspendidos en las crestas de los más altos picos, como antiguos nidos de buitres ó de águilas que murieron.

En Noruega, sobre todo, en el siglo de los acontecimientos de esta obra, esta especie de construcciones aéreas asombraban, no solo por su variedad, sino tambien por su número. Ya se veían murallas desmanteladas, girando á manera de cintura alrededor de los peñascos; ya leves y agudas torrecillas, alzadas en la punta de una roca como una corona; ó bien sobre la cabeza blanca de una alta montaña, anchas torres, agrupadas alrededor de un castillejo, presentando á lo lejos el aspecto de una antigua tiara. Veíanse, junto á las ligeras bóvedas ogivas de un claustro gótico, los enormes pilares egipcios de una iglesia sajona; junto á la ciudadela de cuadradas torres de un jefe pagano, el almenado castillo de un paladin cristiano; al lado de una fortaleza arruinada por el tiempo, un monasterio destruido por la guerra. Todos esos edificios, mezcla de arquitecturas singulares y casi ignoradas hoy, contruidos temerariamente en sitios inaccesibles en apariencia, solo han dejado las ruinas, para atestiguar á la vez el poder y la nada del hombre.

Quizás hayan pasado en sus recintos acontecimientos más dignos de referirse que todo lo que se relata en la historia; pero los acontecimientos pasan, los ojos que los vieron se cierran; el tiempo extingue las tradiciones, y despues, ¿quién se aventura á penetrar el secreto de los siglos?

En este momento nuestros dos viajeros llegaron al castillo de Veremundo, al que atribuía la supersticion lances increíbles y aventuras maravillosas. En sus murallas de guijarros, amasados con un cimientó más duro que la piedra, se conocía perfectamente que dicho castillo fué construido en el quinto ó sexto siglo. De sus cinco torres solo una permanecía en pié, casi intacta; las otras cuatro, más ó menos destruidas, apenas indicaban los antiguos límites del recinto de la for-

taleza. Era difícil penetrar en el interior, cuyas entradas obstruían piedras, pedazos de rocas y arbustos de todas clases, que, rastreando de ruina en ruina, coronaban con sus ramas las murallas destrozadas, ó dejaban caer hasta el fondo del precipicio sus largos y flexibles brazos.

En dichas trenzas de ramas suponía la supersticion que iban á mecerse, á la luz de la luna, las azuladas almas y los espíritus culpables de los que por su voluntad se habían ahogado en el lago Sparbo; y en ellas, el duende del lago prendía tambien la neblina, en la que, al salir el sol, bajaba envuelto al fondo del agua. Misterios espantosos que más de una vez presenciaron intrépidos pescadores, que aprovechándose del sueño de los perros de mar, osaban de noche atracar sus barcas debajo de los peñascos de Oelme.

Salvaron, despues de mucho trabajo, la muralla del castillo nuestros dos viajeros por una brecha, pues la antigua puerta estaba obstruida por las ruinas. La única torre, que dijimos que permanecía en pié, estaba situada al otro extremo. Desde ella, segun dijo Spiagudry á Ordener, es de donde se distinguía el fanal de Munckholm. Dirigiéronse, pues, á ella, aunque era completa la oscuridad en aquel momento, por haber ocultado la luna un espeso nubarrón. Iban á penetrar por la brecha de otra muralla, para llegar á lo que en otro tiempo fué segundo patio del castillo, cuando Benigno se paró de repente y asió á Ordener por el brazo con mano tan trémula, que se conocía que se comunicaba por ella todo el temblor que agitaba su cuerpo.

—¿Qué es eso? le preguntó Ordener sobresaltado.

Spiagudry apretó todavía más el brazo del jóven, pero sin contestarle.

—Pero qué es?

Otra presion, á la que acompañaba un suspiro ahogado, decidió á Ordener á esperar con paciencia á que pasara aquel terror á su compañero.

Al fin Spiagudry exclamó con voz doliente:

—Conque qué decis, señor?...

—De qué?...

—De haberos arrepentido de subir al castillo.

—Pues aun espero subir más alto; ¿por qué me habia de arrepentir?

—Hablais de veras? ¿Conque no habeis visto...?

—No sé lo que decis.

—Conque no habeis visto? repitió aterrado el conserje.

—Ya he dicho que no, respondió Ordener con impaciencia; ni he oido más que vuestros dientes, que el miedo hacia rechinar.

—¿No habeis visto allá en la pared, en la sombra... dos ojos que echaban llamas y que nos miraban fijamente?

—No ví lo que decis.

—¿No los visteis pasar, subir, bajar y desaparecer entre las ruinas?

—Repito que no.

—¿Y no sabeis, señor Ordener, que en toda la Noruega solo existe un hombre cuyos ojos reluzcan tanto en la oscuridad?

—Y eso qué me importa? ¿Quién es ese hombre que tiene ojos de gato? ¿Es Han de Islandia? Tanto mejor si está aquí... Eso nos ahorraria el ir á buscarle á Walderhog.

Ese tanto mejor de Ordener agradó poco á Spiagudry, el que no fué dueño de ocultar su secreto pensamiento é hizo esta exclamacion involuntaria:

—Ah, señor! me prometisteis que me quedaria en la aldea de Surb, á una milla del sitio del combate...

—Teneis razon, anciano, le contestó Ordener sonriendo: seria una injusticia que participárais de mis peligros; no temais y dejad de ver en todas partes á Han de Islandia: puede muy bien que hayais visto los ojos de algun gato montés, que sean tan brillantes como los del bandido.

Spiagudry volvió á tranquilizarse, ya porque le pareció muy natural la explicación que le daba el jóven, ya porque la serenidad de su compañero le contagiara.

—A no ser por vos, ya me hubiera muerto de miedo diez veces al trepar por estas peñas; verdad es que yo solo no lo hubiera intentado.

Volvió á brillar la luna, dejándoles ver la entrada de la torre que permanecía en pié, á cuya puerta acababan de llegar. Penetraron en ella, levantando antes una pesada cortina de yedra, que hizo llover sobre ellos sapos dormidos y nidos de aves nocturnas. Echó lumbre el conserje con dos pedernales que hizo chocar, dejando caer las chispas sobre un montón de hojas y retamas secas que habia reunido Ordener. Al cabo de pocos instantes alzóse una llama clara, que, disipando las tinieblas que les envolvían, les permitió observar el interior de la torre.

Solo quedaba en ella la muralla circular, que era sumamente gruesa y estaba revestida de yedra y de musgo; los techos de los cuatro pisos se habian derumbado, cayendo al piso bajo, donde formaban un monton enorme de escombros. Una escalera estrecha y sin pasamano, rota en muchas partes, giraba en espiral sobre la superficie interior de la muralla, en cuya cima desembocaba. Al chisporrotear de las llamas, una nube de lechuzas y de zumayas huyeron, volando con pesado vuelo, lanzando gritos de asombro, y enormes murciélagos acudían de cuando en cuando á lamer las llamas con las puntas de sus alas.

—Estos huéspedes no nos reciben con jovialidad, dijo Ordener, mas no por eso volvais á asustaros.

—Nada de eso, contestó Spiagudry, sentándose junto al fuego. No temo, señor, á los buhos ni á los murciélagos. Vivía yo entre cadáveres y no temía á los vampiros. Solo temo á los vivos. Si quereis, señor, podemos cenar aquí.

Ordener solo pensaba en Munckholm.

—Aquí tengo algunas provisiones, prosiguió diciendo el conserje, sacando su morral; pero pronto haremos desaparecer este queso y este pan duro si vuestro apetito iguala al mio. Debe haber en la cima de esta torre nidos de faisanes, pero no nos atreveremos á subir por esa escalera que se balancea y que podrá sostener el peso de un silfo, pero no el de dos hombres.

—Yo no soy silfo y, sin embargo, tendrá que sostenerme, porque quiero subir á lo alto de la torre, contestó Ordener.

—Por coger nidos, señor? Eso no vale la pena de que cometais esa imprudencia. Tenga además presente vuestra gracia que podría equivocarse y coger un nido de lechuzas.

—Nada me importan los nidos... ¿no me dijisteis que desde lo alto de la torre se vé el castillo de Munckholm?

—Sí, señor; se vé hácia el Sur. Conozco que el deseo de fijar ese punto importante para la ciencia geográfica fué el motivo de nuestro penoso viaje á este castillo; pero reflexionad que el deber de un sábio celoso es arrostrar el cansancio, pero no el peligro. ¡Por Dios, no os aventureis á subir por esa maldita escalera!

No tenía Benigno los mayores deseos de quedarse solo en la torre. Al levantarse para dar la mano á Ordener cayó sobre las piedras el morral, que tenía en-

cima de las rodillas, expidiendo un sonido metálico.

—¿Qué es lo que suena en ese morral? preguntó Ordener.

Esa pregunta, sobre punto tan delicado para Spiagudry, le quitó el deseo de detener á su intrépido compañero.

—Puesto que á pesar de mis súplicas os obstináis en subir á lo alto de la torre, vamos, dijo el conserje sin responder á la pregunta del jóven; tened cuidado con las grietas de la escalera.

—Pero, repitió Ordener, ¿qué hay en ese morral que dá sonido metálico?

—¿Por qué se ocupa un noble señor de si resuena ó no contra las piedras una miserable vacía de hierro?—Ya que no puedo convenceros—se apresuró á añadir—no tardeis mucho en bajar y asíos bien de la yedra que cubre las paredes. Vereis el fanal de Munckholm entre los dos Trastos-de-Frigga, al Mediodía.

Spiagudry no pudo decir nada tan oportuno para que Ordener olvidase el sonido metálico del morral. Quitóse éste la capa y se aventuró á ascender por la peligrosa escalera, sobre la que le siguió con la vista el conserje, hasta que le vió deslizarse, como una sombra vaga, en lo alto de la muralla, alumbrada apenas en su remate por el agitado reflejo de la hoguera y el inmóvil resplandor de la luna.

Entonces, sentándose otra vez el conserje y poniéndose el morral entre piernas, se dijo:

—Querido Benigno Spiagudry, ahora que no te vé ese jóven lince y que estás solo, apresúrate á romper el incómodo envoltorio de hierro que te impide tomar posesion, *oculis et manu*, del tesoro que sin duda encierra este cofrecillo. Desenterrándole del hierro pesará menos y lo ocultaré con más facilidad.

Con la ayuda de una piedra grande se preparaba á romper la cubierta del cofrecillo, cuando cayó un rayo de luz sobre el sello de hierro que la cerraba y paró de repente el conserje anticuario.

—Por San Villebrod el Numismático! no me engaña mi vista! exclamó frotando la cubierta tomada de moho: ¡estas son las armas de Griffenfeld! Iba á cometer una locura rompiendo este sello, que es acaso el único que queda del escudo famoso roto en 1676 por la mano del verdugo. No rompo esta voltura de hierro. Los objetos que puede encerrar nunca valdrán tanto como ella, á no ser que encierre, lo que es improbable, monedas de Palmira ó medallas cartaginesas. ¡Soy

propietario del escudo de armas inutilizado de Griffenfeld! Ocultemos este precioso tesoro. Quizás encuentre algun secreto para abrir el cofrecillo sin destruirlo... ¡Sí, son las armas de Griffenfeld! Sí, la mano de la justicia, la balanza en campo de gules... Qué felicidad!

Cada descubrimiento heráldico que hacia frotando el sello enmohecido le hacia prorumpir en una alegre exclamacion.

—Con un disolvente abriré la cerraja sin romper el sello. Aquí debe encerrarse el tesoro del gran ex-canciller. Si alguno, tentado por el cebo de los cuatro escudos sindicales, me reconoce y me prende, obtendré mi rescate fácilmente. Este bienaventurado cofrecillo me salvará.

Esto diciendo, levantó los ojos maquinalmente. De repente su grotesca fisonomía pasó, en un abrir y cerrar de ojos, de la expresion de una loca alegría á la de un terror estúpido. Todos sus miembros se agitaron convulsivamente. Sus ojos quedaron fijos, su frente arrugada, su boca abierta y la voz se apagó en su garganta.

Frente á él, y al otro lado de la hoguera, un hombrecillo, de pié, estaba con los brazos cruzados. En sus vestidos de pieles ensangrentadas, en su hacha de piedra, en su barba roja y en su mirada feroz, fija sobre Spiagudry, reconoció éste al espantoso personaje que le visitó por última vez en el Spladgest de Drontheim.

—Yo soy, dijo el mónstruo con voz terrible. ¡Conque ese cofrecillo te salvará!... añadió con risa irónica. ¿Es este el camino de Thoctree?

El infeliz conserje probó á articular algunas palabras:

—Thoctree!... señor... allá iba...

—Ibas á Walderhog, respondió el otro con voz de trueno.

Petrificado Spiagudry, no pudo hablar; solo hizo un signo negativo.

—Me traes un enemigo! Gracias! Habrá un vivo menos. ¡Nada temas, fiel guia, que él te seguirá!

El desdichado conserje quiso dar un grito, y solo pudo dejar escapar un murmullo vago y confuso.

—Por qué te aterrera mi presencia? ¿No me buscabas? Oye y no grites, ó eres muerto.

El mónstruo agitó su hacha de piedra por encima de la cabeza del conserje y luego prosiguió, con voz que salía de su pecho como el ruido de un torrente sale de una caverna:

—Me has vendido!

—No, excelencia; no, alteza! dijo al fin Benigno, articulando con trabajo esas frases suplicantes.

El otro lanzó una especie de sordo rugido.

—Tratas de volverme á engañar! No lo esperes. Oye: estaba yo sobre el techo del Spladgest cuando sellaste tu pacto con ese insensato: oíste mi voz dos veces. En el camino, en medio de la tempestad, me oíste tambien: yo soy el que en la torre de Vygla te dijo: *Hasta más ver!*—No queria que se me escapasen los soldados que te perseguian, porque pertenecian al regimiento de Munckholm. Tú no te podias escapar. Yo soy el que viste en la aldea de Oelme con un gran sombrero: mis pasos y mi voz los oíste al subir á estas ruinas. Yo era, yo!

Arrojóse Spiagudry á los piés de su formidable juez, exclamando con un acento capaz de conmover á un corazon de piedra:

—Perdon!

El hombrecillo, con los brazos cruzados, fijaba en él una mirada llena de sangre, más ardiente que la llama de la hoguera.

—Pide tu salvacion á ese cofrecillo, de quien la esperas.

—Perdon, señor, perdon! repitió exánime el conserje.

—Te encargué que fueras fiel y mudo: no pudiste ser fiel, pero yo te juro que serás mudo en lo sucesivo.

El conserje, penetrando el horrible sentido de esas palabras, exhaló un largo gemido.

—No temas, le contestó el salvaje, no te separaré de tu tesoro.

Diciendo esto, desató su cinturon de cuero, lo pasó por el asa del cofrecillo, suspendiéndolo en el cuello de Spiagudry, que flaqueaba bajo el peso que sostenia.

—¡Sepamos ahora á qué diablo quieres encomendar tu alma! Dáte prisa en llamarle, antes de que otro demonio se apodere de tí.

El desesperado anciano, sin pronunciar palabra, cayó de rodillas delante del mónstruo, haciendo signos de espanto y de súplica.

—No, no, dijo el bandido; no te sepas mal dejar sin guia á tu compañero. Te prometo que irá donde vas tú. No haces más que enseñarle el camino. Ven!

Esto diciendo, asió al infeliz Spiagudry con sus brazos de hierro, llevándolo fuera de la torre, como un tigre se

lleva una culebra; un momento despues se oyó en las ruinas un grito agudo, al que acompañó una espantosa carcajada.

XXIII.

Pueden ver los ojos afligidos del amante el objeto de su idolatría lejano; pero quién es capaz de hacer volver las escenas de esperanza, los adioses, los pensamientos, los recuerdos dulces y amargos y las ilusiones encantadoras de dos seres que se aman? (MATURIN.—Bertram.)

El aventurero Ordener, despues de verse próximo á caer veinte veces durante la peligrosa ascension, llegó por fin á lo alto de la pared espesa y circular de la torre. A su repentina llegada, negros mochuelos centenarios, bruscamente sorprendidos en las ruinas, huyeron con vuelo oblícuo, volviendo hácia el jóven su mirada fija, y piedras movilizadas, empujadas por sus piés, cayeron en el abismo, saltando sobre los puntos salientes de las peñas, produciendo lejanos y sordos ruidos.

En otras ocasiones Ordener hubiera contemplado la profundidad del abismo extendido bajo sus plantas, aumentada por la oscuridad de la noche. Su vista, observando en el horizonte grandes sombras, á las que la luna nebulosa blanqueaba apenas, hubiera tardado mucho tiempo en distinguir los vapores entre los peñascos y las montañas entre las nubes; su imaginacion hubiera animado todas las formas gigantescas, todas las apariencias fantásticas que dá la luz de la luna á los montes y á las nieblas. Hubiera escuchado de lejos el murmullo confuso del lago y de los bosques, confundido con el silbido agudo de las hojas secas, que el viento atormentaba á sus piés, contra las hendiduras de las rocas; y su espíritu hubiera dado lengua á todas esas bocas muertas, que abre la naturaleza material entre el sueño de los hombres y el silencio de la noche.

Aunque el espectáculo que contemplaba Ordener influía sobre todo su sér, otros pensamientos le ocupaban. Apenas puso el pié en lo alto de la muralla, dirigió la vista hácia el Sur, y sintió indecible alegría al ver, más allá del ángulo de las dos montañas, un punto luminoso radiar en el horizonte como una estrella colorada. Era el fanal de Munkholm.

Imposibilitados están de conocer las verdaderas alegrías de la vida los que no comprendan el placer que experimentó el jóven viajero. Su corazon latió febril-

tante, y apenas podía respirar. Inmóvil, tendia la vista, contemplando aquel astro de consuelo y de esperanza; parecíale que aquel rayo de luz, naciendo en el seno de la noche de la morada que encerraba su felicidad, le traía algo de su Ethel; porque no hay que dudarle, á través de los tiempos y de los espacios, las almas tienen á veces misteriosas correspondencias, y en vano el mundo real levanta barreras entre dos seres que se aman; habitantes éstos de la vida ideal, se aparecen en la ausencia y se unen en la muerte. ¿De qué sirven las separaciones corporales, las distancias físicas, contra dos corazones ligados invenciblemente por un mismo pensamiento y por un deseo comun? El verdadero amor sufre, pero no muere.

¿Quién no se ha detenido cien veces, durante las noches de lluvia, al pié de alguna ventana, apenas alumbrada? ¿Quién no ha pasado y vuelto á pasar por delante de una puerta? ¿Quién no ha rondado con verdadera alegría alrededor de una casa? ¿Quién no ha vuelto atrás bruscamente de su camino, para seguir de noche, por los recodos de una calle desierta, una flotante falda ó un blanco velo, reconocido en la sombra? El que no ha experimentado esas emociones, bien puede decir que no sabe lo que es amor.

Contemplando el lejano fanal de Munkholm, Ordener meditaba. Contento triste é irónico sucedió á su primera alegría y sentimientos diversos se agolpaban tumultuosamente en su alma.

—Es necesario, se decia, que el hombre se afane penosamente y largo tiempo para llegar al fin á descubrir un punto de felicidad en la inmensa noche... ¡Allí está Ethel, duerme... sueña... piensa en mí tal vez!... ¡Cómo ha de saber que su Ordener está ahora triste y aislado, suspendido en las sombras y encima de un abismo!... ¡Ordener, que solo tiene de ella un rizo y un vago resplandor en el horizonte!...—Despues, inclinando la mirada á los rojizos reflejos de la hoguera encendida en la torre, que se escapaban á la parte de afuera por las aberturas de las paredes, murmuró:—¡Acaso desde las ventanas de su prision lanza miradas indiferentes hácia la llama lejana de esta hoguera!...

De repente un grito agudo y una carcajada se oyeron debajo de él, en la orilla del abismo; volvió la cara bruscamente y vió desierto el interior de la torre. Inquieto por el anciano, se apresuró á

bajar; pero apenas habia dado algunos pasos en la escalera, llegó hasta sus oídos un ruido sordo, parecido al de un cuerpo pesado que hubiera caído en las profundas aguas del lago.

XXIV.

Bañando está las prisiones con lágrimas que derrama el conde D. Sancho Diaz, ese señor de Saldaña. Y entre el llanto y soledad, de esta suerte se quejaba de D. Bernardo, su hijo, del rey Alfonso y su hermana: —Los años de mi prision... (ROMANCERO ESPAÑOL.)

Gaminaba el sol á su ocaso; sus rayos horizontales dibujaban en el traje de lana de Schumacker y en el vestido de crespon de Ethel la sombra negra de las rejas de su prision. Estaban sentados junto á la alta ventana ogiva; el anciano en un gran sillón gótico y la jóven en un taburete, á sus piés. El prisionero meditaba colocado en su posición favorita y melancólica, apoyando sobre las manos la frente calva y rugosa, y éstas solo dejaban ver del rostro la blanca barba, que caía en desorden sobre el pecho del anciano.

—Padre mio, dijo Ethel, que procuraba siempre distraerle; esta noche he tenido un sueño de feliz presagio. Alzad los ojos y contemplad la hermosura del cielo.

—Solo veo el cielo, respondió el anciano, á través de las rejas de la prision, como solo veo tu porvenir, Ethel mia, á través de mis infortunios.

Al decir esto volvió á ocultar la cabeza entre las manos y los dos permanecieron en silencio.

—Padre mio, dijo la jóven con tímida voz, pensais acaso en Ordener?

—Ordener?... contestó el anciano, procurando recordar de quién hablaba su hija... sí, sí, ya sé quién es. Y qué?...

—Creéis que vuelva pronto? Hace ya tiempo que se fué... cuatro dias...

El anciano movió la cabeza tristemente.

—Creo, dijo, que cuando cumplan los cuatro años de su partida, estaremos tan cerca de su vuelta como hoy.

Ethel palideció.

—Dios mio! creéis que no volverá?...

Schumacker no respondió: la jóven repitió la pregunta con acento inquieto y suplicante.

—No te prometió que volveria? dijo con aspereza el prisionero.

—Ya se vé que lo prometió, contestó inmediatamente Ethel.

—Por qué crees en su vuelta? ¿No es hombre? El buitre vuelve por el cadáver, pero no vuelve una segunda primavera en el año que concluye.

Al ver Ethel que su padre recaía en sus pesimismo se tranquilizó; oía en su corazon de niña y de vírgen una voz que desmentía imperiosamente la filosofía incrédula del prisionero.

—Padre mio, Ordener volverá; no es un hombre como los demás.

—¿Qué sabes tú, hija mia?

—En esto lo mismo que vos.

—Nada de cierto, es verdad, replicó el viejo; solo oí palabras de un hombre que prometian acciones de un dios... luego lo he meditado, añadió con amarga sonrisa, y he visto que lo prometido era demasiado hermoso para que pudiera creerlo.

—Pues yo lo creo precisamente por eso.

—Hija mia, si fueses lo que debias ser, condesa de Tonsberg y princesa de Wollin, y estuvieses rodeada de una corte de hipócritas traidores y de adoradores interesados, esa credulidad te seria muy peligrosa.

—Esto no es credulidad, es confianza.

—Bien se conoce, Ethel, que corre sangre francesa por tus venas.—Esta idea transportó al anciano, por transición imperceptible, á sus antiguas memorias, y continuó hablando con cierta complacencia:—Los que degradaron á tu padre no pudieron impedir que seas hija de Carlota, princesa de Tarento, ni que una de tus abuelas fuese Adela ó Edela, condesa de Flandes, de la que heredaste el nombre.

No pensaba seguramente Ethel en lo que la decia el prisionero.

—Juzgais mal al noble Ordener, padre mio, dijo.

—Noble? ¿Qué sentido das á esa palabra, hija mia? Yo he ennoblecido á hombres que fueron muy viles.

—El pertenece á la nobleza con que se nace, no á la que se adquiere.

—¿Sabes si desciende de un *jarl* ó de un *hersa*? (1)

—Lo ignoro como vos; quizás sea hijo de un siervo ó de un vasallo. Tambien se pintan coronas y liras en el terciopelo de un escribo. Quiero decir que es noble de corazon.

(1) Los antiguos señores en Noruega, antes de que Griñfeld fundase la nobleza regular, tenían los títulos de *hersa* (baron) ó *jarl* (conde). De esta voz se ha formado la palabra inglesa *carl* (conde).—(N. del A.)